

Troja Literaria

RAÚL RIVADENEIRA PRADA

Ediciones

SIGNO

La Paz, Bolivia, 2002

RAÚL RIVADENEIRA PRADA

Troja Literaria

Ediciones

SIGNO

La Paz, Bolivia, 2002

Serie Pulso Bibliográfico 3

© RAÚL RIVADENEIRA PRADA

1ª Edición

La Paz, Bolivia, 2002

Depósito Legal No 4 - 1 - 152 - 02

APUNTES SOBRE LA OBRA DE RAÚL RIVADENEIRA PRADA

El abogado y periodista Raúl Rivadeneira Prada entrega al público un nuevo libro de su fecunda pluma. La compilación Troja Literaria, en la línea de su trabajo anterior, El grano en la espiga, contiene crítica de obras literarias, semblanzas de autores, descripciones de ambientes intelectuales y un breve ensayo acerca de los vínculos entre el quehacer literario y los procesos de integración en América Latina.

Rivadeneira Prada es también catedrático universitario y miembro de número (ahora vicedirector) de la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española. Su amor a la literatura se originó probablemente en las dilatadas lecturas infantiles, facilitadas por su padre. Fue entonces cuando leyó la obra completa de Emilio Salgari, Julio Verne y Constancio C. Vigil, cuyos libros recuerda con especial cariño. A la edad de diez y seis leyó el Quijote, que le produjo una impresión duradera, junto a novelas de Charles Dickens, Víctor Hugo y Alejandro Dumas. A los diez y ocho años ya conocía ampliamente a los realistas rusos y franceses; por Fedor N. Dostoievski ha conservado hasta hoy una clara predilección.

Cuando estudiaba Derecho en la Universidad Mayor de San Andrés (1959) se incorporó al Teatro Experimental Universitario, cuya historia escribiría posteriormente. Una de sus tareas consistía en recomendar obras para llevarlas a escena. Era el tiempo del teatro de lo absurdo (Samuel Beckett y Eugenio Ionesco), pero también del teatro político y de masas (Erwin Piscator y Bertolt Brecht), dos influencias que lo marcarían profundamente. Se dedicó también a la historia del teatro en cuanto

género literario, temática casi desconocida en Bolivia.

Trabajó largos años en el periódico PRESENCIA de La Paz, del cual fue subdirector de 1987 a 1989 y director del mismo de 1998 a 1999. Durante varios períodos, fue director interino del suplemento dominical «Presencia Literaria». Desde 1983, es miembro del consejo editorial de SIGNO, Cuadernos Bolivianos de Cultura, importante revista fundada por Juan Quirós en 1956 y que sigue publicándose hoy en día. Durante seis años, fue director de «Arte y Cultura» (La Paz), separata de PRIMERA PLANA, consagrada a la difusión de textos literarios e ideas filosóficas.

Durante su prolongada labor en PRESENCIA, fue influido por la poderosa personalidad de monseñor Juan Quirós, el fundador de la crítica literaria sistemática en Bolivia. Fue el ilustre religioso quien le animó a escribir y publicar sus primeros textos, quien le guió en la búsqueda de un determinado tipo de estilo para su prosa y quien le mostró la relevancia del estudio de la poesía para comprender la literatura de una sociedad.

En la cátedra universitaria, se dedicó a la Ciencia de la Comunicación, disciplina para la cual ha escrito libros de amplia circulación, principalmente los editados en México. Ha estudiado también los procesos comunicacionales de la política a los que ha consagrado varias publicaciones. Es de lamentar que, en años recientes, parece haber abandonado esta problemática.

Nuestro autor ha incursionado también en la creación literaria, sobre todo en el género del cuento, como lo atestiguan los volúmenes El tiempo de lo cotidiano (La Paz, Gramma, 1987) y Colección de vigiliás (La Paz, SIGNO, 1992). Algunos relatos contenidos en estos libros han sido traducidos a otros idiomas y figuran en importantes antologías del cuento boliviano contemporáneo. En su mayoría, las breves narraciones tratan temas

existenciales, pero también dejan entrever un trasfondo sociopolítico y una especie de moraleja.

Rivadeneira se ha calificado alguna vez como lector asiduo, aficionado a las bellas letras y aprendiz de crítico. Niega ser un analista literario según los parámetros académicos hoy en boga; insiste en que lo suyo es la crítica literaria tradicional y subjetiva.

En estos tiempos de una desenfrenada producción de teorías postmodernistas aplicadas a la literatura (y a todas las actividades humanas), ha conservado la sobriedad y la modestia que siempre lo han caracterizado. Y esto resulta encomiable por un importante motivo: lo que intenta, fundamentalmente, es difundir obras y autores en un medio bastante reacio a la literatura y hasta a la lectura. Es el continuador de Juan Quirós en la función clásica de esclarecer y orientar al posible lector.

Ha desarrollado una clara preferencia por obras no muy conocidas y por autores que no gozan del favor de las masas y de la moda, como Marcelo Arduz, Antonio Avila Jiménez, Hugo Boero Rojo, Guido Calabi Abaroa, Ruber Carvalho, Víctor Montoya y otros que merecerían mejor suerte en la apreciación del público. Rivadeneira evita las complicadas y abstrusas construcciones teóricas que ahora abundan entre los intelectuales bolivianos y, obviamente, entre los docentes universitarios que se dedican profesionalmente a los estudios literarios; construcciones que, en el fondo, no tienen mucho que ver con obras literarias y sí con modas provenientes de lejanas latitudes.

Los ensayos de este libro son de variado propósito. Algunos llevan el enfoque de una justa estimación, como los dedicados, por ejemplo, a Eduardo Mitre, Guido Calabi y Luis Ramiro Beltrán; a otros, se les nota un carácter celebratorio: ha querido, probablemente, rendir homenaje y dar a conocer diversas

producciones, consagrándoles algunas páginas. La elección de los autores y las obras tratadas parece aleatoria. Por otra parte, se echa de menos la ausencia de algunas obras de narradores bolivianos actualmente reputados como talentos promisorios de nuestra creación artística. Pero, aun considerando estos aspectos, ha sabido brindarnos una valiosa contribución para entender y apreciar también aquellos libros y autores poco conocidos de la literatura contemporánea.

La Paz, enero de 2002

H.C.F. Mansilla

ÍNDICE DE CONTENIDO

La clave de la existencia en un poemario de Marcelo Arduz	13
--	----

El verso cristalino de Avila Jiménez	21
---	----

Mariano Azuela, revisitado	25
----------------------------------	----

Perfil literario de Luis Ramiro Beltrán	33
--	----

Hugo Boero Rojo, un romántico seducido por su Bolivia Mágica	43
---	----

La faceta literaria de Huáscar Cajías Kauffmann	51
--	----

Dos obras teatrales de Guido Calabi Abaroa	61
---	----

<i>La mitad de la Sangre</i> , con sabor a realismo mágico	67
---	----

El vuelo literario de Carlos Castañón Barrientos	71
Chávez Taborga, analista de la obra de Durán Böger	75
<i>La Paz a pie, a caballo y en tranvía:</i> nostálgica remembranza	81
El teatro de Osvaldo Dragún, voz de la libertad de expresión	85
Antropocentrismo y poesía	89
La esencia telúrica de los dioses en una obra de Gamarra Durana	95
Caída de la virtud y redención del vicio	101
Gómez Carrillo, precursor del Periodismo Literario	105
Las <i>animalversiones</i> de Coco Manto	113
<i>El aroma del verbo,</i> de Jaime Martínez	121
Yolanda Bedregal en la pupila de Eduardo Mitre	127
<i>Carta a la inolvidable:</i> canto y mensaje poético	135

<i>Cuentos de la mina:</i> primer plano para el Tío	147
Meditación y fe en la obra de Fernando Ortiz Sanz	151
Rafael Saavedra en cuatro momentos	157
El canto refulgente de Beatriz Schulze Arana	163
<i>Visiones de vida</i> , de Armando Soriano Badani	171
<i>Encuentra tu ángel y tu demonio</i> o la exaltación de la vida sensual	177
<i>Plaza Cuicuilco y otros</i> <i>cuentos de variada intención</i>	185
Literatura e integración latinoamericana	191
Índice onomástico	207

PERFIL LITERARIO DE LUIS RAMIRO BELTRÁN

En 1983, cuando Luis Ramiro Beltrán recibía para él y para Bolivia el máximo galardón internacional al que puede aspirar un comunicador, el Premio McLuhan-Teleglobes Cándida, se distinguía con toda justicia a un hombre que había consagrado su vida al estudio y la práctica de la ciencia y el arte de comunicar e intercomunicar a los seres humanos.

Comunicador nato, Beltrán deja fluir sus mensajes por diversas vías, una de ellas, rica en contenidos y posibilidades, es la comunicación literaria o, mejor aún, la comunicación por medio de la literatura.

El feliz encuentro del periodista bisoño con la palabra y el intrincado mundo de la escritura narrativa comienza en el diario «La Patria», de Oruro, su ciudad natal; continúa en el antiguo diario paceño «La Razón», del grupo empresarial Aramayo; después en el semanario humorístico «Momento», también en La Paz, aventura que compartió, entre otros, con el talentoso periodista Ricardo («Palillo») Ocampo. Beltrán empezó a mostrar su capacidad interpretativa de la realidad, en una columna deliciosamente picaresca: «¡Oh, linda La Paz!» título prestado de una vieja y popular canción, que firmaba con el pseudónimo de Inocencio A. Vivado. Una recopilación de esos trabajos, con el título de «Estampas Risueñas», más la sección poética «Rumor de Quenas» y otros artículos variados reunidos bajo el rótulo de «...Recuerda su esplendor...» es parte de la publicación en formato de revista «¡Oh, linda La Paz!, crónicas y versos» que salió a circulación en octubre de 1994, con el sello editorial de la Fundación Última Hora.

La aguda percepción del reportero, la extraordinaria capacidad de síntesis y la calidad narrativa del futuro escritor asoman en las páginas del suplemento dominical de «La Razón», en dos amenas piezas: «La Mamita de Diciembre» y «Memoria de los tranvías». En el semanario «El Momento», tocaba temas de la vida cotidiana de una ciudad en la que comenzaban a coexistir lo arcaico y lo moderno; lo propio y lo importado y de la que era posible extraer los rasgos de autenticidad para repintarlos y perpetuarlos. Para ello, era menester cierta destreza periodística que Beltrán ya poseía. Aún no había cumplido veinte años cuando, exhibía ya el fuste literario de un buen narrador. He aquí una muestra tomada del artículo «La Mamita de Diciembre»:

Hace siete días que madruga la anciana. Cobijando el frío matinal en las arrugas y el fervor en los pliegues del negro mantón, allá va la buena señora rumbo a la Capilla del Montículo.

Lento es el paso como es lenta la plegaria que va musitando en el camino por las calles de Sopocachi. Tampoco es acelerado el vaivén del escapulario y en la clásica bolsa de libros de la beata, los tomos de mil oraciones esperan el turno de aspirar el incienso.

Es la festividad de la Virgen del Montículo.

La fiesta de Sopocachi.

Gruesos calzados de chirriantes clavos crujen también sobre las baldosas y el pavimento. El obrero no está a mucha distancia de la anciana que reza -siempre- en voz alta. Con un pan en el bolsillo y un diario en el otro, el trabajador se encamina también hacia el templo pequeño de belleza grande.

Así comenzaba Beltrán a abrir senda segura para su futuro andar por los campos de las bellas letras. Sin embargo, el punto de partida de su consagración literaria es, sin duda, el guión que escribió para la película «Vuelve Sebastiana» (1953), de argumento inspirado en los estudios antropológicos de Alfredo Metreux

y Jehan Vellard, que se puso en el celuloide bajo la inspirada dirección de Jorge Ruiz. Trata el drama de la extinción de la cultura Chipaya, en el Departamento de Oruro. La crítica especializada reconoce unánimemente a «Vuelve Sebastiana» como el filme precursor del Nuevo Cine en Bolivia, en el género documental.

La obra literaria de Beltrán abarca los géneros del articulismo periodístico, la poesía, el teatro y la narrativa.

Hombre de vasta cultura, investigador serio y exigente consigo mismo; dotado de una especial sensibilidad para apreciar, con ecuanimidad, las obras ajenas, se echó sobre los hombros la enorme responsabilidad de publicar una nueva antología poética de Bolivia, por encargo de la Secretaría Ejecutiva Permanente del Convenio «Andrés Bello» (SECAB), para la serie «Cuadernos Culturales Andinos». Este trabajo vendría a sumarse a la mejor tradición antológica de la lírica boliviana en la que aún se enseorea el «Índice de la Poesía Boliviana Contemporánea» del crítico Juan Quirós. La compilación de Beltrán, de 708 páginas, titulada

«Panorama de la Poesía Boliviana, Reseña y Antología», se publicó en Bogotá, en enero de 1982. En la nota de presentación del libro, el autor manifiesta su intención difusora de la producción poética de nuestro país. Dice:

Como su título lo sugiere, este libro aspira a brindar una visión más amplia que profunda de la poesía boliviana. Antes que formular juicios de valor, trata de ser un mapa esquemático que contenga información principal y sucinta. Su finalidad es el examen, no el dictamen.

...

El compilador confía en que esta semblanza de trazos largos y puntos claves del quehacer poético de Bolivia sirva para atenuar el desconocimiento que injustamente prima sobre este país. País de milenaria cultura y raigal poesía, capaz de de-

Antes de proporcionar la selección de poemas, el libro ofrece un magistral resumen de la cultura indohispana de Bolivia, explorando en sus raíces aimara, quechua y española. Le sigue una reseña de la creación lírica que abarca un largo lapso, desde las legendarias referencias kollas de Pacha, Wiracocha y Thunupa hasta fines del siglo XX. Con esta ambientación, el lector o estudioso extranjero de la poesía boliviana (principal destinatario de la antología) tiene los suficientes elementos de juicio o, como decimos los periodistas, el «back ground» necesario para comprender mejor el significado de nuestra poesía y aproximarse con ella a las peculiaridades de nuestra cultura.

Poeta

La obra poética de Beltrán se reúne en el libro *Pasos en la corteza* (1987), con nota de presentación de Jaime Martínez Salguero y una introducción titulada «Anotaciones», del propio autor. Asimismo, la ya mencionada selección incluye *Rumor de Quenas*.

La fecha de publicación resulta poco o nada orientadora respecto del contenido de su poesía porque uno es el tiempo de la inspiración y otro, distinto, el de la divulgación. En el caso de *Pasos en la corteza* hay tiempos distantes, largos períodos entre los poemas. El autor dice que ha estado componiendo versos durante más de treinta años antes de publicarlos. Revela cómo se gestaron sus inspiraciones líricas:

Suelo saber el por qué y hasta el cómo cuando escribo en prosa notas de prensa, ensayos o hasta intentos de narrativa. En poesía, en cambio, no recuerdo haber disfrutado casi nunca de certeza semejante; un mismo poema puede a veces parecerme singular o cursí. Además, no escribo versos muy deli-

beradamente. Ellos se me vienen a la mano, por decirlo así, muy de vez en cuando y casi por su cuenta; rara vez escojo muy conscientemente el tema o la forma de expresarlo. Ellos surgen como si, desde lo hondo de mí, alguien me los dictara en el momento en que su íntima e invisible fermentación ha terminado. Cuando esto ocurre, yo simplemente me tengo que poner a escribir, impulsiva si es que no com-pulsivamente.

Es algo así como ser «medium» de uno mismo. El registro tiene que ser inmediato porque el «dictado» es efímero. Realizada la súbita, brevísima e imperiosa visita de la «musa» pueden pasar meses sin que se repita el mágico fenómeno, años sin volver a hacer un verso.

Jaime Martínez Salguero ha escrito, acerca de esta obra: «Los versos de Beltrán revelan a menudo una lucha constante entre el cerebro y el corazón. Lucha en que el poema se hace descriptivo para narrar lo acontecido al hombre. Surgen así, a veces, relatos escritos en el lenguaje nervioso y ágil del periodista que hay en él. Otras veces, en cambio, se le desata la emoción y entonces su palabra vibra y escarba en lo profundo del hombre y del mundo».

Por mi parte, puedo añadir que la lectura de *Pasos en la corteza* me ha dejado la impresión de un generoso deseo del poeta de compartir con otros su caminata por muchos senderos, abriendo ventanas por donde poder contemplar lo que el autor ha transitado con el alma cargada de nostalgias, con la mente atiborrada de ideas y el corazón turbado por inquietantes sentimientos. Permite compartir su experiencia de ternuras, alegrías y sufrimientos, sus estados de asombro y su agradecimiento a la vida.

En *Rumor de Quenas*, en cambio sus versos no tienen marca nostálgica alguna, sino más bien la melodía del canto, del homenaje, de la ensoñadora descripción del terruño, de la identificación del poeta con su paisaje y su cultura. Así se ve en la emoción

nada «Oración a la Querencia Indeleble», en la fascinación reverberante de la «Fogata de San Juan», en la «Celebración del frío», en el boceto folclórico que más parece una estupenda crónica periodística en verso acerca del mítico diosesillo aimara, (el Ekeko) y la feria de Alasita titulado «El señor de las cosas pequeñas» y también en la tierna imagen de la imilla «Pastorita» que en medio del páramo andino siente las primeras palpitaciones del amor en los acordes de un charango y en el rumor de la paja brava.

Dramaturgo

La producción literaria de Beltrán tiene en la dramaturgia su segunda y muy exitosa vertiente. En 1987, obtuvo el Premio Nacional de Teatro del Ecuador con la obra en tres actos *El cofre de Selenio*, estrenada en el Teatro Municipal de La Paz, el 8 de abril de 1991 por el grupo Amalief dirigido por Maritza Wilde. Bien acogida por la crítica, esta representación se prolongó hasta el 14 del mismo mes.

Beltrán es el segundo dramaturgo boliviano premiado en un certamen internacional de alta calificación. El primero fue Adolfo Costa du Rels, quien en 1919 obtuvo el primer premio del Concurso de Teatro en Chile, con la obra «Hacia el Atardecer», inspirada, como imponía el gusto de la época, en el teatro francés y cuyo argumento es el conflicto social que atormenta a una mujer madura, enamorada de un hombre mucho más joven que ella y por ello acosada por los prejuicios sociales. Costa du Rels obtuvo también, en 1972, el premio francés Gubelkián con la obra «Los Estandartes del Rey».

No hay referencia conocida de algún otro autor teatral boliviano que hubiera logrado distinciones como las de Costa du Rels y Luis Ramiro Beltrán.

Un año después de discernido el galardón ecuatoriano, la re-

vista «SIGNO, Cuadernos Bolivianos de Cultura», publicó *El Cofre de Selenio* en su edición No. 22 y una separata de 500 ejemplares, cuya nota de presentación me fue encomendada por la dirección de la revista y por el propio autor. La Alcaldía Municipal de La Paz lanzó la segunda edición en 1990, con una nota de Maritza Wilde, y el texto del discurso pronunciado por el autor a tiempo de recibir el premio, el 7 de diciembre de 1987.

En su discurso, Beltrán hizo recuerdo de que el teatro, como bien sostenían Pierre Aimé Touchard y Henry Gouhier, sólo cobra vida y plena importancia cuando se encienden las candilejas y los personajes comienzan a moverse por el escenario, atrapando al espectador, seduciéndolo para convertirlo en cómplice de esa ficción consentida de la realidad que es la puesta en escena en el viejo arte de Thalía.

El autor de *El Cofre de Selenio* agradeció emocionadamente la promesa y compromiso de la Escuela de Teatro de la Universidad Central del Ecuador, de poner la obra en escena. Lo hizo con estas palabras:

Este es otro privilegio que debo agradecerles. Porque para entender la esencia hechizante del teatro, no puede el escritor aferrarse a la soledad de su estudio ni contentarse con la butaca del espectador. Tiene que vivir experiencias entre bambalinas, sentir la tibieza de las candilejas, entender el lenguaje de actores, músicos, tramoyistas, maquilladores, luminotecnistas; aprehender -en fin- el misterio que palpita detrás del telón. Sólo así, debelados los secretos de la puesta en escena, puede el escritor dar su mejor aporte a la construcción del prodigio del espectáculo que arroba. Porque el texto es sólo un componente de la fórmula mágica, el basamento literario de la múltiple empresa cooperativa que fabrica ilusiones. Y es que, en verdad, lo que ocurre en la escena es una amalgama prodigiosa de la síntesis de todas las artes con una convención de comunicación.

De este modo , el dramaturgo expresaba también su deseo de participar activamente en la «mise en scene», mas esto no habría de materializarse sino cuatro años después y no en Quito, sino en La Paz.

Sucedió con Beltrán lo mismo que con Costa du Rels. «Hacia el atardecer» debía ser representada en 1919 por la Compañía de María Guerrero. El texto literario tenía que ser publicado por la Municipalidad de Santiago. Ninguna de estas dos obligaciones, emergentes de la concesión del premio y señaladas en las bases del concurso fueron cumplidas. A Beltrán tampoco le publicaron la obra, como estaba convenido. La historia suele repetirse, lo cual demuestra que en algunos lados persisten desconcertantes actitudes mezquinas nutridas del primitivo chauvinismo que aliena el fanatismo de las barras deportivas, pero que no debieran tener cabida en los ámbitos de la cultura.

El Cofre de Selenio no necesita, sin embargo, de otros soportes que no sean su propio vigor dramático y su calidad literaria para merecer el premio obtenido y aspirar a otros mayores. La universalidad del tema: el hombre moderno o posmoderno, como se quiera, tercamente empeñado en su autodestrucción, tiene la suficiente fuerza dramática como para atraer la atención de grandes, medianos y selectos públicos. El drama de la soledad, representado por las oscuras grietas del alma, brumoso entorno físico y el negro horizonte son, sin embargo, en esta pieza teatral, los elementos indispensables de contrastación para provocar el conflicto por donde fluya el verdadero mensaje esperanzador, positivo y orientador del dramaturgo.

La aparente visión apocalíptica y derrotista que la trama encierra, al presentar al hombre como una criatura irremediamente perdida en su propia insensatez, es sólo eso: una apariencia, porque al final de la hecatombe volverá a brillar la luz de la salva-

ción y con ella renacerá la paz en un mundo poblado por gente que ha aprendido la dura lección.

Veo en *El Cofre de Selenio* una llamada de atención, una severa crítica a la forma de conducir la humanidad en el mundo actual gobalizado en el materialismo, en el consumo, indiferente a los altos valores morales; oigo una voz de alerta ante el peligro que se cierne sobre la humanidad con la proliferación de armas nucleares. Esto es lo principal, secundariamente, la imagen pesimista que le sirve de pretexto, pues «Todo está perdido y la humanidad fatalmente condenada a la extinción», es sólo un decir admonitorio, no el verdadero mensaje, sino la advertencia oportuna: todavía estamos a tiempo para evitar el desastre, a condición de que hagamos el mayor esfuerzo salvador, armados del mismo valor que alienta a Cerotres y el mismo desprendimiento generoso que abriga el corazón de Mariposa.

Narrador

Para completar el perfil literario de Luis Ramiro Beltrán hace falta ver publicada su obra narrativa. La tiene y no en escasa cantidad. Conozco y puedo dar testimonio de la existencia de manuscritos que ya tienen más de dos décadas en los que el escritor ha vaciado fragmentos de la Guerra del Chaco, los episodios en que participó su padre, el periodista y subteniente de artillería Luis Humberto Beltrán. Asimismo, tengo referencias de labios del propio autor de argumentos de novelas del tiempo de su infancia y adolescencia en Oruro, o de la vida bohemia mezclada con la política criolla y situaciones risueñas de los años curenata y cincuenta, y hasta me parece recordar un título como «La rota Porota», o algo parecido.

Luis Ramiro Beltrán tiene un sitio preferencial bien ganado en las letras bolivianas y su nombre inscrito en la Academia Boliviana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, por méri-

tos más que suficientes. Este escritor ha salido airoso de sus lides literarias, para beneplácito de la cultura boliviana, con tanto éxito como el que siempre le ha acompañado en el escabroso terreno de las ciencias de la comunicación.